

LEOPOLDO ZEA

Nació en la Ciudad de México, el 30 de junio de 1912.

Filósofo. Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de la cual es actualmente Director. Ha sido una de las personas que más interés han puesto en el estudio de la filosofía en México y en Hispanoamérica.

Ha escrito: *El positivismo en México* (1943); *Hombre y cultura* (1947); *Ensayos sobre filosofía en la historia* (1948); *América como conciencia* (1953); *La conciencia del hombre en la filosofía* (1953); *Catolicismo y modernismo en la conciencia iberoamericana* (1956); *América en la historia* (1957); *La cultura y el hombre de nuestros días* (1959); *Introducción a la filosofía* (1960); *Latinoamérica y el mundo* (1960); *La filosofía de lo mexicano* (1960); *La misión de la filosofía americana* (1961); *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana* (1963); *The Latin-American mind* (1963); *El pensamiento latinoamericano* (1965), y muchos otros más, así como artículos en revistas y periódicos especializados.

Fuente: *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943.

POSITIVISMO Y LIBERALISMO

El triunfo del Partido Liberal Mexicano

El 19 de junio de 1867 era ejecutado en Querétaro el iluso emperador de México, Maximiliano de Austria. Con esta ejecución se daba fin a uno de los episodios más sangrientos de la historia de México. Una lucha que se había iniciado en 1810 para obtener la independencia política y que al obtenerse ésta se había transformado en lucha intestina. En esta nueva lucha se seguían enfrentando dos fuerzas: las del partido liberal, que pugnaban por una independencia política de hechos, no sólo una independencia respecto a la metrópoli española, que es la que se había logrado, sino por una independencia frente a las fuerzas que aún quedaban como herencia de la Colonia y que habían surgido en la marejada de la revolución. Estas fuerzas eran el clero y la milicia. México había logrado su independencia política frente a España; pero no la había logrado frente al clero, que seguía dominando las conciencias. A este grupo había de sumarse el caudillaje militar que había hecho las armas y que al obtenerse la Independencia de Mé-

xico quedaba en el poder. A estas fuerzas se enfrentó el partido liberal, quedando al fin triunfante en el año de 1867.

En Maximiliano de Austria no sólo se vencía a los grupos conservadores de México, sino que también se terminaban los sueños de conquista de un déspota europeo. La última esperanza de los conservadores se perdía al caer el cuerpo del emperador en el Cerro de las Campanas. Los jefes del partido conservador eran en su mayoría ajusticiados u obligados a desterrarse. No quedaba sino un grupo vencedor: el de los liberales mexicanos. Sin embargo, la situación en que quedaba el grupo vencedor no era nada envidiable. El partido de la Reforma era amo y señor de la nación mexicana; pero ésta no era sino un país en ruinas. Ruina y desolación era lo que por todas partes se encontraba. El desorden y la anarquía reinaban en todos los rincones de la República. El vencedor necesitaba establecer nuevamente el orden. Era menester establecer dicho orden, después de más de medio siglo de desorden. Había que levantar una nación sacándola de las cenizas aún humeantes en que había sido sumida por la revolución.

El victorioso pero arruinado vencedor se encontraba en ésta su tarea de reconstrucción con los mismos obstáculos que, aunque vencidos en el campo de batalla, no había podido vencer en el campo espiritual, en la conciencia de los mexicanos. Estos enemigos seguían siendo el clero y la milicia, el clero que, aunque sin bienes y sin poder político, tenía el poder espiritual, el poder sobre las conciencias. La milicia, los nuevos caudillos, los hombres que con las armas habían vencido en los campos de batalla y que, al igual que los caudillos militares a los cuales habían vencido, no querían reconocer que la misión de las armas había terminado. El clero hostilizaba al nuevo orden desde los templos y el militarismo desde el campo, provocando continuas revueltas y deserciones.

El clero tenía una gran fuerza espiritual, a pesar de que había perdido su fuerza material. El catolicismo ha sido y sigue siendo uno de los ingredientes espirituales del pueblo mexicano. La independencia de México sólo lo había sido política y no espiritual. México seguía siendo tan católico como lo había sido en la Colonia. Los hombres que iniciaron la independencia de México no se plantearon el problema de una independencia de carácter religioso y el clero continuó gozando de sus privilegios. Fueron los liberales los que abordaron este problema. Formados en las doctrinas de los teó-

ricos de la Revolución francesa, vieron en la religión católica un instrumento al servicio de un grupo de individuos, a saber, el clero. Veían que el clero aprovechaba su fuerza espiritual para defender intereses no espirituales; para defender los privilegios que había obtenido en la Colonia.

Los vencedores liberales tenían que resolver este problema de una vez y para siempre, si es que querían establecer el orden. Melchor Ocampo propuso una medida drástica; si la religión católica era un instrumento al servicio de una facción, el único remedio y el más seguro era cambiar de religión de los mexicanos. Ocampo pensó en una religión que no sirviese de medio de explotación, y la más a propósito le pareció ser el protestantismo. Juárez, nos cuenta Justo Sierra, había dicho: "Desearía que el protestantismo se mexicanizara conquistando a los indios; éstos necesitan una religión que les obligue a leer y no les obligue a gastar sus ahorros en cirios para santos." En 1872 el presidente Lerdo de Tejada trataría de realizar estas ideas llamando al país a los primeros pastores protestantes. Sin embargo, éstos fracasan, no habiendo comprensión entre ellos y el pueblo mexicano. Se trataba de concepciones sobre la vida completamente opuestas. El modelo norteamericano, conforme al cual querían modelar al pueblo mexicano nuestros liberales, fracasaba rotundamente en el terreno espiritual.

Por el otro lado estaban los militares, los hombres que se sabían vencedores. El triunfo de la República había sido un triunfo logrado con las armas. Los jefes militares se consideraban con derecho a toda clase de privilegios. El militar no era en México consciente de su responsabilidad social. No se consideraba como instrumento al servicio de la sociedad; tenía sus ideales y se dejaba matar por ellos, pero él no se sentía al servicio de otros hombres agrupados en lo que se llama sociedad. La carrera de las armas no tenía su origen en la academia, sino en la lucha directa. En esta lucha triunfaba el más hábil, el más apto o el más fuerte. Unos a los otros se eliminaban, quedando sobre todos el más fuerte, que se transformaba en el caudillo. En estas guerras se había desangrado México por largos años.

El partido liberal se encontraba en su seno con estas fuerzas anárquicas. Vencedor por las armas, no podía hacer comprender a sus hombres que tales armas no eran sino un instrumento al servicio de los ideales de la Reforma. Los diri-

gentes del partido de los liberales se sabían victoriosos de una gran causa, la causa de la libertad; pero los instrumentos de esta victoria, los militares, no la veían así; para ellos se trataba de una lucha en torno a privilegios y eran estos privilegios los que reclamaban. En vez de organizar a la nación por cuya liberación habían luchado, la convertían en botín que repartir. “Todos ellos —dice Justo Sierra— aspiraban a situaciones privilegiadas, a especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado a su sombra.” Era menester acabar con este estado de cosas, organizar y disciplinar al ejército, ponerlo al servicio de la nación. “Se trataba —continúa diciendo Sierra, utilizando la interpretación spenceriana de la historia— de que la República pasase de la era militar a la industrial, y pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía a nuestro lado y que cada vez se aproximaba más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendería a absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles.”

El partido liberal, al constituirse en estado, en gobierno, tuvo que establecer las bases para un orden social duradero. El orden no podía ser encargado a los grupos que habían sido desplazados: el clero y el militarismo, ni aun a los nuevos militares, que en el fondo seguían siendo tan ambiciosos como los vencidos. De aquí que se pensase en un grupo social, en una clase que ofreciese garantías de orden. Esta clase fue la que hemos llamado burguesía. La burguesía mexicana era la única clase capaz de garantizar el orden social. Los dirigentes del movimiento social triunfante habían salido de esta clase. Sierra nos ha dicho cómo de la burguesía salieron los principales dirigentes del movimiento. La burguesía mexicana fue quien dio bandera y principios al movimiento revolucionario contra la clase conservadora. La ideología de esta clase en su fase combativa la veremos más adelante.

De esta clase había que sacar a los dirigentes para el nuevo orden social. Para esto era menester dar a los miembros de dicha clase una educación especial. Para establecer las bases de dicha educación se llamó a colaborar al Dr. Gabino Barrera. La educación sería el instrumento por medio del cual se formaría una nueva clase dirigente, capaz de establecer el orden. Al mismo tiempo, por medio de esta educación, se arran-

carían las conciencias de los mexicanos de manos del clero. La educación había estado hasta entonces en manos de las clases conservadoras. Estas le habían dado una estructura por medio de la cual se justificaban y favorecían los intereses de las mismas. Ahora que el poder pasaba a manos de la burguesía liberal mexicana, ésta trataría de organizar la educación en una forma que favoreciese los suyos. . .

Para combatir al clero, los liberales trataron de descatalogar a México; sin embargo, no por ello dejaban de ser conscientes de que tal tarea era de magnitudes casi insuperables. Sabían que la gran masa del pueblo mexicano era católica. Los mismos jacobinos, aunque rabiosos anticlericales, no dejaban por ello de ser en el fondo católicos. Un hombre de la calidad de estadista de Benito Juárez no dejaba de comprender que tratar de descatalogar al país por la fuerza era incitar a continuas revueltas. La descatalogación de México significaría la continuación de la anarquía y del desorden. El nuevo gobierno necesitaba establecer el orden, y éste no se lograría continuando una guerra de religión. Justo Sierra no dice: "Nadie quería la continuación de la guerra, con excepción de los que sólo podían vivir del desorden, de los incalificables en cualquier situación normal. Todo se sacrificaba a la Paz: la constitución, las ambiciones políticas, todo, la paz sobre todo." A este afán de paz había que sacrificar cualquier ideal que condujese a extremos. Los liberales consideraban peligroso al catolicismo por el uso que de él hacía el clero al convertirlo en un arma política. Lo único que se quería era invalidarlo como arma política y por esto se había pensado en un clero como el protestante. Ya que no era posible descatalogar a México, al menos había que invalidar al catolicismo como arma política. De aquí las leyes de Reforma, conforme a las cuales quedaba separado el Estado de la Iglesia, el poder material del poder espiritual.

Los liberales mexicanos no disputaban al clero el poder espiritual; lo único que querían era el poder material o político, pues sólo en posesión de este poder se podría garantizar la libertad de conciencia. El clero católico, con el poder material en sus manos, no garantizaba tal libertad. Gabino Barrera expresa esta idea en la misma Oración Cívica, cuando dice que las armas espirituales del clero no han sido tocadas por las leyes de Reforma, sino que por el contrario se las ha aumentado: "Porque al separar enteramente la Iglesia del Es-

tado, al emancipar el poder espiritual de la presión degradante del poder temporal, México dio el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar en el camino de la verdadera civilización y del progreso moral y ennoblecí, cuanto es posible en la época actual, a ese mismo clero que sólo después de su traición y cuando Maximiliano quiso envilecerlo, a ejemplo del clero francés, comprendió la importancia moral de la separación que las leyes de Reforma habían establecido. Y protestó, tarde como siempre, contra la tutela a que se le sujetó. Y suspiró por aquello mismo que había combatido. . .”

El gobierno liberal de Juárez quería respetar las ideas del catolicismo, sabía que no era fácil combatirlas, se conformaba con que no interviniesen en la política. El positivismo mexicano trataría de adaptarse a esta idea del gobierno. El positivismo es adoptado por los liberales mexicanos como un arma política. Querían, como lo había expresado Barreda en su discurso, que al igual que la ciencia positiva habíale arrebatado el rayo a la religión, la doctrina basada en esta ciencia arrebatare el poder político al clero católico. Se dejaba el dominio espiritual a cambio de que no se inmiscuyese en el dominio político. Se transformó el positivismo en una doctrina política de orden; pero sin reconocerse en ella otro poder espiritual, como trató de ser el positivismo de Comte. Este aspecto del positivismo comtiano fue suprimido al ser adaptado a México. Gabino Barreda tuvo que suprimir la enseñanza de la religión de la humanidad.

En México, a diferencia de otros países americanos como Chile y Brasil, no fueron implantados los ritos eclesiásticos que Comte agregó a su filosofía. No se trató de implantar una nueva iglesia, lo que hubiera causado nuevos trastornos sociales, nuevos desórdenes. Lo que se quería era orden, y el positivismo fue puesto al servicio de este orden. Se transformó en una doctrina neutra, que hablaba del orden social, pero que al mismo tiempo decía no intervenir ni atacar ninguna idea, lo mismo fuese ésta católica o liberal. El positivismo, lo veremos más adelante con mayor detalle, se presentó como una doctrina al servicio del orden material. Al menos, esto pretendieron los hombres del gobierno. No quiso disputar el terreno o poder espiritual a la iglesia católica. Pretendió ser una doctrina del orden social y no del orden individual. El individuo era libre para tener las ideas que quisiese; para lo que no era libre era para imponer estas ideas, sus ideas, a la sociedad.

Esta pretensión del positivismo mexicano: la de ser una ideología válida para la sociedad, en oposición a las otras doctrinas, que sólo lo eran para el individuo, dio lugar a las múltiples disputas en que se vio envuelto. No era posible deslindar con precisión el campo que correspondía a lo social y el campo que correspondía a lo individual. Una ideología hecha para combatir al catolicismo y al jacobinismo, no podía acomodar en su seno a estas ideologías con la reserva de que pertenecían al orden individual. De la ideología neutra, que Juárez y los demás liberales querían que fuese, se transformó en lo que verdaderamente era: en una ideología que, al igual que todas las ideologías, pretendía tener un valor total, pretendía ser válida en todos los campos, tanto en el material o político como en el individual. Una ideología así no podía aceptar, como querían las leyes de Reforma, que el poder espiritual continuase en manos de la iglesia católica, ni tampoco estar subordinada al estado como instrumento de orden. La transformación del positivismo mexicano en una ideología de carácter total, puesto al servicio de un ideal positivista, habrá de verse en este trabajo. En él se verá cómo uno de los ideales de los positivistas mexicanos fue el hacer de su doctrina un poder espiritual que orientase, que guiase al poder material, al poder político.

Este ideal no pasó de ser una utopía; sin embargo hay que hacerlo constar, pues fue esta idea la que provocó la oposición que se le hizo tanto en el bando clerical como en el jacobino y aun en el mismo gobierno. Ambos grupos, el clerical y el jacobino, verán en el positivismo, no una doctrina social al servicio del orden, sino una doctrina sectaria al servicio de un determinado grupo social.